

El Cuento de la Luciérnaga

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El cuento de la Luciérnaga (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Arnaldo Pez sintió que era una inmensa perplejidad el no estar en su patria, y se decidió a construir algo monumental ante de quedarse solo y extrañado. Era un hombre que quería ser un ejemplo, y como cualquier otro, temía ser sorprendido por la popularidad de la muerte. Se había hecho a sí mismo en jornadas que se apegaron a la majestuosidad, hasta convertirse en un sabio que no se dispersó en la sucesión de irrepetibles períodos, ni evitó que lo más acalorado el pasado se fundiera con lo reciente. El éxito seguía a los vuelos de su imaginación, y sacándose el traje, escuchando un jazz ligero y bebiendo algo de licor, se decía que no se pondría un disfraz ni continuaría enriqueciendo, porque ya no era un prisionero del mundo.

Implementaría sus postreros caminos en los campos que pertenecieron a sus padres (estos habían quedado muy lejos de los ensanchados horizontes). Su acercamiento a "La Luciérnaga" no será un esteticismo, y lo llevaría a cabo a pesar de que algunos lo verían como un lunático.

Ansiaba hallar solaz en la sombra del pasado y navegar por las corrientes de una fe universalista. No llegaría al país y a la estancia "La Luciérnaga" como un visitante de otro mundo, sino como un transeúnte asombrado que pisaría con firmeza ese lugar enorme. Meditó en una mujer cuyos irrepetibles comentarios hacía décadas que no oía. Él continuaba endiosando a su madre y a los terruños que había cruzado cuando apenas era una figura menuda.

En Santa Rosa estaba instalado su hombre de confianza. Este ya había hecho la operación comercial. Ahora, juntos ejecutarían un plan que los implantaría en el edén; tenían las herramientas adecuadas y certezas comunes. Pez se reconfortaba en proseguir el progreso espiritual, y se preparaba para los tiempos finales haciendo la máxima desestimación de la morosidad y la pereza. Su hombre en la Argentina sabía esto y que su poderosa memoria era su motor.

Su autoridad no era una insinuación amigable a que lo obedezcan, sino una inquebrantable imposición legal (nada se lograría si los documentos no fueran impresos con las tintas de los escribanos). Su hombre ya había arreglado los papeles y los intrincados problemas que sin estos se

acumularían, ya que entendía bien cuáles eran las verdaderas causas y los principios. Ya había comprado con tenaz oportunismo al campo que costó una esbelta fracción de su patrimonio.

Después de labrar una gran fortuna en el País del Norte, el Señor Pez volvería a su tierra en Ranquel, provincia de la Pampa. Al meditar sobre eso, elevó su blando cuerpo y se sintió pragmático, objetivo, pero también un soñador. Habiendo pasado largos años fuera del país, ya no reconocería a los límites que imponía el tiempo, y reconstruiría una pasmosa imagen suya, de paz, y sobre la increíble magnitud de sus campos a una capilla.

II

Al conocerse la noticia de esa transacción, cierta congoja reinó en las luminosas habitaciones que rodeaban al casco central de "La Luciérnaga" que se erigía sobre el solitario llano que era permanentemente hollado por yeguas y vacas. Sus ocupantes se preguntaban cuál sería el rostro del Señor Pez al que le deberían obediencia, y sin razón hacían interpretaciones especialmente desgarradoras de este (la mujer de mediana edad anticipaba que bullirían las desgracias). Temía que cambiase las tradicionales referencias económicas de la estancia, y que el patrón no quisiera entrar en consultas con sus empleados y administradores. Pez podría ser un monstruo que dejaría sin uso a las promesas para apoyarse en crueles amenazas. La mujer recordó a patrones omniscientes que golpeaban con vigor a sus fustas sobre la mesa.

Le habían surgido negras suposiciones y perplejos sentimientos, y casi lloró cuando reivindicó a los anteriores dueños que habían sido gente educada y de extrema sensibilidad (se refirió a los Anchorena que para su sorpresa y confusión habían vendido la estancia a un viejo por muchos millones de dólares... ese miserable sólo era valioso por el dinero que había traído de afuera). Ahora la propiedad había quedado en manos del tal Señor Pez quien iría hasta ahí, pero no se sabía si reconocería a quienes trabajaron todas sus vidas como empleados. En esa sala se congregaban tres mujeres a las que el mundo se les había vuelto incomprensible.

A la ya mencionada, la madre, esa cuestión le provocaba vértigos nauseosos en las noches, y muchísimas cavilaciones cuando los cielos se abrían con incendiarios colores a la madrugada. Ese hombre pronto llegaría, y temía que la reemplazara con la intención de empezar todo de nuevo. Un argentino que se había vuelto gringo ya no guardaba memoria de cómo debían ser las cosas. Los antiguos patrones habían estado tan pocas veces que ella se demoraba con algunas dificultades al recordarlo, pero en el homenaje que les hizo frente a sus dos hijas, les atribuyó perfección y los purgó de anteriores malentendidos. Los Anchorena, que reunían rasgos mitológicos, era una familia que prefirió a las profanas

alegrías de Buenos Aires sobre la sana idiosincrasia del campo.

En esa estancia habían residido las Néletos por tantos años que sentían como un horror el tener que marcharse. Y la mujer volvió a lamentar que las débiles finanzas indujeron a los Anchorena a vender. Sentía que con falsificación las humillarían, y le pareció que oscuras fuerzas se habían orientado en destruirlas. Estando sentadas dentro de la señorial sala de la mansión, aseveró que no abandonará su arraigado empleo, y servirá a quien había puesto su firma en el párrafo final del contrato de compraventa. No le importaba que el nuevo patrón fuese un mísero o un delirante, siempre que le permitiese continuar escuchando a las indestructibles melodías del pasado. Estaba dispuesta a aconsejarle acerca de lo que debía hacer para que después no se reproche nada.

Sin contener la expectación, la mujer ya quería conocer a Arnaldo Pez, y relacionarse laboralmente con él, ya que, si era escuchada primero, con suma probabilidad descartaría a los rumores y encontronazos que propiciarían los advenedizos que habían rodeado a los Anchorena. Con ella, Pez obtendría las verdaderas cifras de lo que era requerido gastar; su experiencia le sería de una utilidad ineludible. Con las perlas ella armaba collares y jamás las tiraba a un chiquero.

Según había expresado su apoderado, con su presencia en el lugar, el Señor Pez haría que la dicha brillara fuerte como el sol cuando se acaba la oscuridad. Y no le habló de excéntricos números ni de insanas codicias. Sabía que la mujer esperaba mantener su trabajo sin que aparecieran las horribles mutaciones que suelen hacer los tiempos, y que quería que le resolviera los enigmas del Señor Pez dentro de un marco de tranquilidad (esperaba con un optimismo que era una muestra de su ingenuidad). Ese lugar no sólo captaba quien era la Señora Neletos, además le proporcionaba estímulos para seguir siendo. La historia de su vida había girado en torno a la "La Luciérnaga"; en esta se había vuelto un poco vieja: sus cabellos se apelmazaban (aunque aún no se pusieron grises ni blancuzcos), e indicios de arrugas empezaban a trazar líneas paralelas en su rostro.

El apoderado del Señor Pez, Boris Errecarte, aparecía a menudo en los alrededores de la estancia cargando planos; borboteaba intachables saludos con miedo subliminal a no cumplir con lo que se le había asignado, y denotaba una predecible aprobación cuando observaba en fogonazos a la belleza de las dos hijas de la Señora Neletos. Por segundos reducía sus introducciones, sus recopilaciones de datos, y se quedaba mudo como procurando pescar una información infiel que se le había escapado de la memoria.

Errecarte, que llamaba con desterrados nombres a esos parajes inéditos, era la voz de Pez, o, mejor dicho, éste era la fuente de su actuar. Pequeño, esforzado, y sin desatenderse de las pistas racionales, le

confiaba a la Señora Neletos que "La Luciérnaga" sería dignificada con una capilla. No hablaba en vano, por el contrario, hacía preguntas que para las mujeres no tenían ángulos misteriosos. Además, pedía a gritos a sus acompañantes obreros que no demorasen en hacer las necesarias mediciones periféricas. Aseguró que reformaría al lugar para someter las esferas de las adivinaciones a algo previsible. Preocupado, admitió que podría no tener una comprensión correcta de la esencia del tiempo.

Hubo una taponeada conmoción en ese hombre cuando dijo que el millonario pronto rondaría bajo de los límites de esos horizontes que habían sido también los de su infancia. Sería visto caminando por los cercanos extremos de la casa, con pesadumbre y fruición, ajustando su pensar a una serie trascendental de estados o fases. Ese hombre no se escamotearía, sino que proyectará una continuidad absoluta. Errecarte declaró que la criptográfica misión del Señor Pez será la de recorrer esos viejos y queridos rincones que contenían medidas simbólicas. Y no saludará a los Ocampo, ni a los Arévalo Garay, ni a las demás familias vecinas que habían sido contemporáneas a la suya, porque no quería mezclarse con los que quedaron cuando su familia se vio forzada a marcharse a Córdoba.

"La Luciérnaga" que de por sí era el trasfondo de su vida, replicaría su ideal de virtud, por lo que debía seguir estando bien mantenida y resplandeciente, según lo sostenido por Boris Errecarte.

La mujer que tanto se abrumaba, se llamaba Analía Néletos. Con la cara a veces hinchada por el mal dormir, hablaba a sus hijas de dislates imaginarios y de cuestiones en las que no se restringía. A juzgar por el parecido físico que tenía con estas, en su juventud habría sido muy bella; la mayor era pormenorizadamente una delicia que por donde andaba, inmediatamente llamaba la atención.

Analía tenía un mesurado carácter (sólo se tornaba un poquito loca cuando ponía veneno contra las hormigas que carcomían los pétalos de sus rosas, o trastocaban lo que estaba vivo hasta convertirlo en ruinoso). Y había estudiado cómo saldría al encuentro del Señor Pez, en el fatídico día en que este aparecería para reorganizar su mundo. Lo trataría con humildad y en el principio le hablaría de temas coloquiales. Esperaba que no fuera temperamental, autoritario, o contradictorio, y que mantuvieran una gentil interacción.

La Señora Neletos era muy querida en el pueblo de Ranquel, en donde tomaba parte en las ruedas de chismes, y reaccionaba con estremecimientos (que a veces se hacían temblores) frente a lo notable o extraordinario que rara vez pasaba. Era un pueblo chico en el que a veces a la caída de una hoja de árbol se la relacionaba con un ciclón; la gente se acurrucaba en desmedidos asombros que no respondían a fastuosos

acontecimientos.

Analía que ocupaba una casa circundante a la central (a cuyo hermoso jardín atendía exquisitamente), era una viuda con dos hermosas hijas a las que infundía sus creencias con un criterio un tanto posesivo. Iba con ellas hasta el pueblo y les llenaba los oídos con consejos prácticos y tácticas astutas, que terminaban en una sonriente reflexión. Las dos jóvenes la asentían sin tardanzas, y hacían aquello que les pedía hasta que las luces menguaban con el anochecer (estaban al tanto de cada uno de sus temores y poseían una natural predisposición a complacerla).

No sabía por qué, pero ese Pez se revelaba en su imaginación como alguien pernicioso: un viejo de palabras duras, gestos violentos, e impávidas órdenes, que las tendría a maltraer a pesar de la honradez y la manera irreprochable con que harían sus trabajos. Julieta le escuchó decir que el nuevo patrón las metería en un infierno, y que era un demonio que se relacionaba mediante flamíferas industrias y comercios con el mundo.

Durante la mayor parte de su existencia, Analía había vivido en "La Luciérnaga". Su marido (nativo de Santa Fe) fue el estimado capataz de la estancia. Con él había formado una familia que remitía su accionar a tareas agrícolas en las que no existía lo irregular o arbitrario, y cada cosa tenía un simple e implícito valor. Era un ama de llaves impecable, que se sentía feliz al quitar los empedernidos polvos de los mobiliarios de la Casa Principal.

III

Arnaldo Pez había vuelto a "La Luciérnaga", pero no autorizó que personas poco auténticas se le atravesaran. Porque los hombres no eran capaces de discernir, y podían descalabrar a su emprendimiento con tristezas e infortunios (no quería que el afán de los incrédulos, lo privasen de lo que Boris Errecarte había llamado "las fuentes inagotables del universo").

Prefería que nadie que no fuera de confianza se interpusiera con la circulación que haría por los privados contornos de su estancia. Hombre de una religiosidad que nunca se constituyó en un simulacro, se empacó en crear un gran símbolo de fe que se eruiría como la construcción más alta del pueblo, y a costas de ese mismo estado de gracia, se empeñó en redescubrir a su ser interior, y a ese fin abismal lo correspondió con una fórmula discreta.

El millonario había explicado detalladamente a Boris Errecarte los principios en que se basaría, que ciertamente no eran efímeras cursilerías, revoltosos componentes de su imaginación, o fútiles anuncios que tendrían algo que ver con el engaño. Pez se veía a sí mismo como un hombre libre, sin recelos, y con la augusta precisión de un matemático. Por lo que puso a los sobresalientes rasgos de su personalidad en

construir un edificio con alabaría a Dios o lo señalaría como alguien admirable. Había entregado considerables fondos para transformar la ruralidad de ese sitio, mientras que él, con suma modestia, se dirigía a peregrinar por silenciosos contornos.

Boris Errecarte, como el guardián que se ubicaba en los umbrales del gran sueño de ese hombre, tuvo la responsabilidad de mover ese proceso. Él manejaba la complejidad de la obra que se encarnaba en la presencia del Señor Pez en los campos. Este había llegado a La Pampa con anhelos de paz, aunque se había hecho definitivamente impenetrable. El apoderado de ancha cabeza y cuello corto, no se desdobló en el vicio de la displicencia, y se dispuso a cumplir cada uno de los objetivos.

Sucintamente, Boris Errecarte le explicó a Analía Néletos que el nuevo patrón había llegado a la localidad, y sólo volvería a "La Luciérnaga" por las noches, con la meta de dar llanas vueltas por su casa y la irrevocable resolución de no ser percibido por extraños. Analía debía velar que los pisos estuvieran aseados, y esperar que aquello tan extraño le fuera indiscriminadamente explicado más adelante.

IV

Analía Néletos, repitió sus trayectos por los ambientes de la mansión, o mejor dicho efectuó sobre estos a labores de limpieza (mantenía su ritmo usual: no lentificó ni aceleró a su rutina porque el nuevo patrón visitaría la estancia).

Estaba desplegando sus normales tesituras cuando en un anochecer lo vio entrar sucio y atolondrado. Los perros le habían ladrado, pero al ver que estaban encadenados, él les arrojó una piedra que golpeó sobre un tronco irrelevante. Era como si nadara en furia, y con mustia gestualidad osciló sus brazos en forma patética. La mujer lo vio con los pies en el lugar, y no en los rumores, pero el Señor Pez, con una repugnante contumacia fingió no ver a quien se ubicó a su alrededor, ni se explayó en saludos, y mantuvo un dibujo de extrañeza o rabia en su rostro que mortificó mucho a la mujer. En esa distancia tan corta, le resultó imposible identificarlo como aquel quien le había revelado excelentes confidencias durante sus sueños.

El porfiado hombre se dignó a soltar dos encumbrados vocablos y no le dirigió la mirada; enseguida se sumió en una vacía caminata intramuros, como si eso fuera la único que le importaba. Y eso a Analía la desoló, le produjo una angustia que le quemó al rostro: el patrón deliberadamente la ignoraba. Al cabo, este les pidió, como si fuera una necesaria garantía para el éxito de su misión, un poco de silencio. De hecho, la trató como si fueran una neblina fugaz, y no una empleada a la que ponderaba por sus trabajos. El hombre no arguyó más nada; se limitó a hacer un recorrido por las habitaciones haciendo oscilar (con un mecánico movimiento) a un

cilindro de cobre que colgaba de su extendido brazo en paralelo al punto central de su cuerpo.

Sólo después de un buen rato se anunció como el dueño de "La Luciérnaga", Arnaldo Pez. Un hombre que no era tan viejo (a lo sumo tendría cinco años más que Analía), pero cuyas facciones tendían a fruncirse. Su dinamismo era completamente ciego, y a ratos entraba en pequeñas crisis que matizaba con gruñidos originados en las desconocidas cuestiones que combatían en su mente. La ama de llave jamás lo había imaginado con esa figura tan desaliñada y andrajosa, y entendió que ese inicial encuentro transcurría en términos poco amables y que no había una real conexión entre los dos.

Las dos hijas de la ama de llaves: Julieta y Fina, al escuchar la nerviosa voz de su madre salieron de sus aposentos. La primera se había puesto una bata sobre su camisón, y el señor Pez lanzó un jubiloso murmullo al verla. En cierta forma su aparición lo despabiló y le hizo abrir los ojos. Pero el hombre retornó a sus bramidos, y siguió cursando esos ambientes sin crear desavenencias.

A Analía le dio la impresión que le había gustado su hija... y pensar que Boris Errecarte lo había querido hacer pasar por un santo, un viejo desapegado de las vanaglorias del mundo y las frivolidades. Igualmente, la mujer se mantuvo cauta y no planteó dudas frente a esa insondable urgencia de ir de una sala a la otra desenrollando un artefacto esférico.

Con ese esquemático panorama pasó una semana, y sin que hubiera precisiones o alguna alusión a algo definido, el Señor Pez llegaba en los anocheceres para concitar esas particulares marchas con una clara determinación y luego desvanecerse en la venidera mañana. Esas rondas mantenían el mismo ritmo y montaban sendas que no conducían a un punto concreto.

No pasó mucho en que el hombre empezó a interesarse en la hija mayor, Julieta, con la que cotidianamente se topaba. Le decía enredadas palabras o lo que inesperadamente le brotaba del alma como los aullidos del lobo cojo que llevaba adentro. Por cierto, que no se trataba de un tipo bello ni acogedor, pero había contraído una disposición de la que no había que disparatar, no fuera cosa que se desdibujara el indiferente respeto en el trato. En general las palabras de don Pez eran ilegibles, pero las exaltaba cuando observaba a Julieta en los instantes que se recuperaba de los férreos paseos que hacía por la mansión.

El hombre inició un inocente acoso que lo resaltaba más como un imbécil que alguien perturbador: se trataba de un juego que lo distraía de las permanentes ambulaciones. Pez suspiró: si no se apuraba, sería acortado

por la fecha en que estaría funcionando la Capilla.

Al amanecer, luego de las caminatas en círculos, Pez se aventuraba por estrechos umbrales con la idea de distraerse, ocultarse, o velar por un asunto que le sería propio. Después de las noches, cuando las sombras ya no se hacían gigantescas, dejaba de instalarse en la casa central, y raspaba con una compenetrada indecisión al picaporte del cuarto de Julieta. Pero no juntaba coraje para entrar a causa de miedos que le surgían fortuitos y misteriosos.

Sin explayarse demasiado, a Julieta y su madre aquello les pareció más que una ausencia de lógicas, un comprobable absurdo. Las dos se apartaban para reír, y Julieta derramaba algunas malicias de sus labios cuando su lengua no se atrincheraba y se volvía movediza. Parecía como que el Señor Pez no podía evitar hacer mezcolanzas entre sus actos piadosos y las irrupciones equivocadas.

Con el tiempo, el hombre no regateó sus miradas y se atrevió a armar su camino de acuerdo a los sitios por donde transitaba la joven. Y después que transcurrieron los inaugurales veinte días se empeñó en efectuar un gambito que conllevaba un pequeño grado de desfachatez. Se juzgaba carenciado, y ya no aguantaba más los inexorables presentimientos que estaba obligado a hacer acerca de la muerte.

Desde la Casa Principal se podía abordar a la subalterna a través de una galería de paredes rugosas y un piso de madera merced al cual resonaban fuerte los pasos. Y en una noche avanzó susurrando al nombre de Julieta con un distintivo tono. Se había dado ánimos para ingresar a la habitación en la que ella dormía sin que mediara una perseverante reflexión, y con la boca hizo un ligero chasquido que fue decisivo para que la joven prendiera la luz del velador que había sobre la mesita de luz que estaba al costado de su cama. Enseguida, esta le hizo notar con una vacía brutalidad en su rostro que se había desviado de sus usuales trayectos, y los botones de su camisa estaban desabrochados. El hombre, lejos de manifestar sus verdaderas intenciones, se sumió por algunos minutos en el desconcierto. Pero Julieta no lo rechazó, sino que le exigió que le explicara por qué se había metido en su cuarto. Quería saber, ya que aquello le resultaba singular, asombroso... e incluso divertido.

Pez le dijo que de imprevisto le nació la inspiración de entrar, y de quitarse la camisa debido al calor húmedo. Se quería sustraer del bochornoso clima y de corresponderse asiduamente con lo monótono. Pero a ese acto puntual que estaba haciendo, no tenía que darle importancia; saldría por donde había venido con un penoso remordimiento por haber interferido en sus sueños. Ella le echó una inquisitiva mirada que tenía mucho de estrategia: eso no era una equivocación ni ella era una niñita o una retrasada mental. Lo había oído seguir el camino que llevaba hasta su puerta en varias ocasiones, y como la arañaba antes de

pegar la vuelta. Esperaba que tuviera una explicación razonable que justificara a esos yerros sucesivos.

Era obvio que el lobo se quería comer a la ovejita, pero en el puntilloso razonar de Julieta, esos términos serían inversos a los que se estaban dando en la realidad.

Arnaldo Pez le dijo, después de poner a un lado a la bola metálica, que había comprobado con sus ojos el buen cuidado de su propiedad. Y que se había distraído con glorias celestiales, cuando lo único valioso que le quedaba al hombre un tanto macerado por la edad, era recibir un poco de cariño. Pero se iría de ahí si a ella le parecía que iba a contramano.

Al escuchar sus inauditas razones, Julieta le invitó a que tome asiento en una silla de mimbre. Aplicó el método de mantener un ritmo conversacional, enraizado en lo amable que se daba a través de un vínculo cercano y no en el trato que hace un patrón con la servidumbre. Y de a poco, fue deshaciendo las potencias de la vacilación.

No demoraron las cosas a reducirse a aquello que un hombre y una mujer articulan cuando median las formas persuasivas. A partir de ahí, surgieron regulares encuentros íntimos que no estuvieron condicionados por miedos ni distracciones, y eran celebrados en una cama pulcramente tendida. Usaban escasas palabras con la idea de no corromper las reflexiones que cada uno hacía de ese arreglo.

Julieta y su madre habían hecho pertinaces cálculos que se paraban bien en la realidad. Descreyendo de cuantiosos prejuicios, aquello se trataba de una maravillosa oportunidad. No había que negarle al pobre hombre esperanzas de seguir adelante, porque si dejaban correr un poco al calendario, esas visitas terminarían convocando a un nuevo personaje con un linaje específico, que a posteriori exámenes científicos asentarían sobre las Néletos el derecho de propiedad de "La Luciérnaga". Realizar simples análisis de ADN bastaría para obtener esa herencia providencial. Mientras Pez se alejaba de la trágica experiencia de deambular como un sonámbulo, Julieta Néleto se haría la dueña de "La Luciérnaga" a partir del momento en que concibiera un bebe.

V

El hombre no hablaba, y pasados varios meses, a Julieta la espera en el nacimiento de un hijo se le fue haciendo vana. Su cuerpo no ofrecía ninguna novedad, y ya no registraba aquel frenesí que solía musitar en la cama con descontrolada ironía, por el contrario, mugía con hartazgos.

Por entonces, había avanzado la construcción de la capilla en los lindes con la ciudad de Ranquel, de acuerdo a la fecha señalada en el mensaje que con mucha gravedad había dejado grabado Boris Errecarte en el

contestador automático del teléfono. Ese edificio justificaba terminantemente a Pez después de la ambigüedad inferida por el intervalo de su arribo, fuera disipada. Esa fue la idea que el hombre había pergeñado en los Estados Unidos.

Frente a lo que el apoderado Boris Errecarte expuso sin opacidades, las mujeres tomaron nota del día en que se inauguraría la capilla, y se asombraron de que el señor Pez no les hubiera informado directamente. Y esa noche, al ser interrogado por Julieta, éste no ejemplificó nada, ni admitió como literal lo planteado por su delfín Errecarte, sólo expresó que su filantropía fue el resultado del quiebre y la molicie moral de la sociedad, y con locuaces enfurruñamientos se negó a dar claridad y transparencia a ese dicho.

Finalmente, la capilla se terminó de construir, y mágicamente la condición de Pez se alejó de ser la de un hombre gruñón, para adquirir la forma de un ensalzado fantasma que había mandado construir a ese bastión religioso en el medio de la nada. El templo tenía abierta sus puertas, y llegó de Santa Rosa un sacerdote para officiar una ceremonia. Pero no se hizo presente el peón que cargaba las cenizas de Pez dentro de una urna por la mansión de "La Luciérnaga", de acuerdo a lo que Boris Errecarte le había dictaminado. Se excusó diciendo que tenía un familiar enfermo o algo marcado por una índole triste.

Analía, Fina y Julieta Néletos, también llegaron a la Capilla, y observaron traspasadas con incertidumbres a los protocolos... y adentradas en la vileza de la desesperación, supieron que Arnaldo Pez había muerto en los Estados Unidos sin concretar su sueño de regresar a la Argentina. Su enfermedad había sido más fuerte y rápida que sus anhelos de retorno. En ese día, la hija mayor de Analía Néleto supo que no fue a amante de Arnaldo Pez, sino la víctima de un fraude por quien efectuaba un sórdido ritual.

VI

Boris Errecarte miró a la hermosa Julieta Néletos en el portón de la estancia que había quedado entreabierto, y le dirigió una torcida sonrisa. La inauguración de la capilla y el funeral de Pez se constituyeron en una unidad perfecta, y sentía la satisfacción de haber cumplido con su asignación. Pero en ese momento, y un tanto apremiado, tuvo que relatarle a hija de la antigua ama de llaves de los Anchorena cual había sido el plan de Arnaldo Pez.

La culminante muerte había vencido a la voluntad de ese hombre que ya había perdido afinidad con las cronologías. Arnaldo Pez había decidido no ser enterrado en Wisconsin dentro un mausoleo de mármol punzado con algunas letras que se trababan en la losa, por lo que sus restos fueron depositados en una urna que fue traída al país, y a la que durante cada

anochecer un hombre correcto (que fue expeditivamente designado por Errecarte para ese fin), se encargó de trasladarla por cada una de las habitaciones de la casa, de acuerdo con lo estipulado por Pez en su último testamento. Este había creído que de esa manera cósmica retornaría a su terruño y repasaría en profundidad las etapas de su pasado.

Había asumido que hasta que no fuera construida la superlativa capilla, su alma no podría desaferrarse de las paredes del mundo. Y le dio precisas instrucciones de que no cesaran de transportarlo por los amados lugares hasta que la obra estuviera lista. Además, le prohibió que vociferara que había muerto, con el fin de que la gente, con su falta de fe, no interfiriera con la gran marcha espiritual que estaba a punto de emprender.

Julieta empalideció, y le preguntó cómo se llamaba aquel sujeto que, al mover las cenizas de Pez, le habría hecho ejercitar sus últimos músculos existenciales. La respuesta de Errecarte fue que esa persona excesivamente rudimentaria, se llamaba Albano Cifuentes, provenía de Rafaela, y era un paisano de aplicación desigual cuya hazaña más significativa estribó en haberse recuperado de un persistente alcoholismo.

Fin (13-4-2019)